fianza en este fiel custodio de la *Inmaculada Madre de Jesus*: estas eran sus palabras. No debemos pasar aquí en silencio que el siervo de Dios se propuso por ley el socorrer con sus oraciones, y particularmente con el sacrificio de propiciacion, á aquellas almas fieles que despues de su muerte están expiando las reliquias de sus flaquezas. Continuamente estaba exhortando á los suyos á la práctica de esta obra de misericordia. « Estos amados difuntos, « decia, son miembros vivos de Jesucristo, están animados con su « gracia y seguros de que algun dia han de participar de su glo- « ria: por estos títulos estamos obligados á amarlos, á servirlos y « ayudarlos en cuanto podamos." Tambien tenia Vicente presente á los bienhechores de su Congregacion: todos los dias se decia por ellos tres veces el salmo 129 *De profundis* en comunidad; esto es, al tiempo de los dos exámenes particulares que preceden á la comida y al del exámen general de conciencia que se hace por la noche. Es cosa de mucha edificacion ver una comunidad numerosa que siempre que ha de ir á tomar su sustento, se prepara orando por aquellos que han tenido la caridad de suministrársele.

CAPITULO VII.

Su caridad para con el prójimo.

Nuestro Santo empleó toda su vida en hacer bien á cuantos pudo hacerlo, porque ¿quién no esperimentó su caridad en sus necesidades, tanto espirituales como corporales? ¿Podrá señalarse ni una sola persona afligida que habiendo recurrido á él no hallase algun alivio para sus males? Hubiera mirado como la mayor felicidad, tanto para sí como para los suyos, que la caridad los redujese á servir de vicarios en las aldeas para tener con que sustentarse, y aun mendigar el pan de puerta en puerta. « Nadie hay en el mundo tan obligado como nosotros á ejercitar « la caridad, decia á los suyos; no hay sociedad alguna que es- « té tan obligada como la nuestra á dedicarse á los ejercicios es- « teriores de una verdadera caridad, porque nuestra vocacion es « de andar, no por una sola parroquia, ni por una sola dióce-

« sis, sino por todo el mundo, para abrasar los corazones de « los hombres y para hacer con ellos lo que hizo el Hijo de Dios, « que segun S. Lúcas[1] vino á traer fuego á la tierra para infla- « mar en su amor los corazones de los hombres. Es pues indu- « bitable que nosotros hemos sido enviados, no solamente para « amar á Dios, sino tambien para hacer que todos le amen. No « nos basta el amar á Dios si nuestro prójimo no le ama tambien; « y nunca podremos amar á nuestros prójimos como á nosotros « mismos, si no les proporcionamos el bien que estamos obligados « á querer para nosotros; esto es, el amor divino que nos une á « nuestro soberano Bien.... ¡Ay señores! Si tuviéramos siquie- « ra una centellita de aquel sagrado fuego que abrasaba el corazon « de Jesucristo, ¿podriamos estar ociosos? ¿Abandonariamos á « aquellos á quienes podemos socorrer? No por cierto, porque la « verdadera caridad jamas puede estar ociosa, ni consiente ver á « nuestros hermanos y á nuestros amigos en necesidad sin mani- « festarles nuestro amor. Es propiedad del fuego alumbrar y ca- « lentar, y tambien lo es del amor el comunicarse."

Para reducir á justos límites una materia tan estensa, y tratarla con órden, haremos un bosquejo de la caridad que tuvo para con sus propios hijos, para con los enfermos, para con sus enemigos, y para con los locos. Y para acabar de bosquejar el gran cuadro de su caridad, trataremos en el siguiente capítulo de la que tuvo para con los pobres y los niños espósitos.

Era mas padre de cada uno de los suyos que lo es un padre natural respecto de su hijo único; no habia entre ellos ni uno solo que no pudiese y debiese creer qne era tiernamente amado de él. Sus palabras, sus consejos, y hasta sus reconvenciones, llevaban impreso el carácter de la caridad. Siempre trataba de prevenir las necesidades, comunicaba aliento en las dificultades, animaba en los trabajos, consolaba en las aflicciones, y jamas condenaba á ninguno sin haberle antes oido. Nunca dió oidos á relaciones artificiosas, á preguntas equívocas ni á murmuraciones maliciosas y astutas, antes bien, en cuantas partes hallaba estos vicios, los impugnaba. Comparaba la murmuracion á un lobo rabioso que destroza el rebaño donde entra; solamente la sombra de este pecado le asustaba. El temor que siempre tuvo de que sus

1 Cap. 12. v. 49.

hijos incurriesen en él, le movió á hacerles tener siete conferencias seguidas acerca de la murmuracion, y mandó que todos sucesivamente hablasen en ellas. «El carácter de la caridad, les decia, es ocultar los defectos del prójimo; tened presentes aquellas palabras del Espíritu Santo:[1] *Audisti verbum adversus proximum tuum? commoriatur in te.* La Congregacion de la Mision durará mientras la caridad reine en ella. ¡Infelices de los que destruyan esta virtud, y por este medio sean causa de la ruina de la Congregacion!"

En sus discursos repetia frecuentemente la necesidad de la caridad mutua. «Esta virtud, decia, es el alma de todas las demas y el paraiso de las comunidades; el paraiso no es otra cosa que amor, union y caridad. La casa de S. Lázaro seria un paraiso, si reinara en ella la caridad. La principal felicidad de la vida eterna consiste en amar; los bienaventurados están ocupados sin cesar en el amor beatífico. Finalmente, no hay cosa de mayor consuelo que vivir con los que se aman, y ser amado de ellos. El amor cristiano escede á todos los demas amores; por medio de este amor amamos á nuestros hermanos en Dios, segun Dios y por Dios: los amamos por el mismo fin que Dios ama á los hombres, esto es, para hacerlos santos en este mundo y bienaventurados en el otro. Un hombre que quisiera vivir en una comunidad donde no hubiese caridad, se hallaria entre tantos genios opuestos al suyo, y en medio de tantas operaciones contrarias á su modo de proceder, como un navío sin áncora y sin timon, rodeado de escollos, y combatido de las olas y los vientos, que le arrojarian hácia todas partes, y por último le harian naufragar."

Vicente practicaba estas máximas. Todos sus hijos, sin esceptuar los menos perfectos, tenian libre entrada para con él. Cuando iban á hablarle acerca de sus particulares necesidades ó de cualquiera otro asunto, los recibia con mucho agrado; y como estaba convencido de que todo cuanto era él era para ellos, inmediatamente los escuchaba.

Uno de los sacerdotes de su Congregacion le confesó que habia tenido algunos pensamientos de aversion contra él. Al oir estas palabras nuestro Santo, se levanta, le abraza afectuosamente, le da el parabien de su sinceridad, y le dice: «Si yo no os hubiera

[1] Eccli. cap. 19. v. 10.

ya entregado de antemano mi corazon, os le entregaria ahora mismo." Otro, cansado de estar en la Congregacion, le dijo que queria volverse á su pais. «¿Y cuándo determinais partir? le replicó el siervo de Dios. ¿Quereis hacer el viage á pie ó á caballo?" El tal sacerdote que hablaba seriamente, y que esperaba oir largas y vivas reconvenciones, quedó tan atónito oyendo tan pocas palabras y pronunciadas con tanto agrado, que en el instante se sintió libre de su tentacion. Nuestro Santo se confirmó en su principio, *de que un grano de caridad basta para calmar muchas inquietudes y para sosegar muchos sobresaltos.*

Un hermano que hacia mucho tiempo que se hallaba tentado con pensamientos de disgusto en la Congregacion, escribió repetidas veces á nuestro Santo, suplicándole tuviera á bien el que se saliese de ella. «No, hermano mio, le respondió Vicente, yo no puedo consentir en que os retireis, porque no es esta la voluntad de Dios, y hay en ello gran peligro para vuestra alma, la que yo amo mucho; y si no quereis creerme, á lo menos os ruego que salgais de la Congregacion por la misma puerta por donde entrasteis. Esta puerta es el retiro espiritual, al que os suplico os dediqueis antes de resolveros á un negocio de tan grande importancia. Elegid una de nuestras tres casas, la que esté mas cerca del lugar donde ahora os hallais, y creed que en todas sereis bien recibido: la bondad de vuestro corazon ha ganado todo el afecto del mio, y este no tiene otro fin sino la gloria de Dios y vuestra santificacion."

No hay obligacion mas dificil de desempeñar que la correccion fraterna, porque supone en el que la practica las principales virtudes del cristianismo, y á esta debe preceder el buen ejemplo. Un culpado ¿cómo podrá tener gracia para dar á otro buenos consejos? Es imposible, porque se le podria decir: *Médico, cúrate á ti mismo.*[1] La paciencia debe servir para no precipitar la correccion, porque esta es el último remedio, y no se debe usar de él sino cuando no han aprovechado los demas. La caridad debe aplicarlo con sus propias manos, porque si no, corre peligro de que queriendo curar una herida, se hagan otras nuevas. La humildad debe acompañarla, porque un hombre que confiesa primero

[1] Luc. cap. 4. v. 23.

sus defectos, parece estar mas distante de la soberbia farisaica, y minora la confusion de aquel cuyas enfermedades descubre. La prudencia debe dirigirla, porque no se ha de desanimar á los que fácilmente se acobardan, ni se ha de exasperar á los espíritus que por razon de un temperamento colérico son propensos á alterarse, y de los que, á pesar de esta natural disposicion, se puede sacar partido sabiendo tratarlos con prudencia. El agrado debe sazonarla, porque se trata de un remedio repugnante á la naturaleza, y que desde luego la irrita si no sabe engañarla y adormecerla. Finalmente, la correccion, no obstante la afabilidad de que ha de estar acompañada, debe tener tambien fortaleza, porque es preciso que penetre hasta la raiz del mal, y que el médico del espíritu la mire como el último remedio. Vicente usaba de la correccion que pide tantas precauciones, con muy feliz éxito valiéndose de las reglas siguientes.

Por lo comun no reprendia inmediatamente á los que habian cometido alguna falta: temia que la naturaleza tuviese parte en la reconvencion repentina, y queria que esta dimanase precisamente de la caridad. Puesto en la presencia de Dios, examinaba las disposiciones del culpado, y los medios de hacer que la correccion le fuese saludable. Gobernado por este espíritu, y hallándose obligado en cierta ocasion á reprender á una persona que hacia muy poco caso de sus defectos, y no llevaba á bien las reconvenciones, se dedicó tres dias seguidos á examinar este asunto en la oracion, pidiendo á Dios en ella le comunicase las luces necesarias para saber gobernarse bien con un hombre de tal carácter. Luego que empezaba á tratar del asunto, daba á entender la grande estimacion que hacia de las personas á quienes tenia que hacer alguna advertencia: alababa las buenas prendas que en ellas se advertian; algunas veces disculpaba sus faltas, atribuyéndolas á aquellos primeros movimientos de que apenas somos dueños; despues les hacia ver con toda claridad la falta que habian cometido; les ponia á la vista las circunstancias de la persona, del tiempo, del lugar y otras semejantes. A esta relacion seguia el remedio, y para que este fuese mejor recibido, él mismo se aplicaba parte de él, haciéndose culpado con los que lo eran. «Señor mio, «decia, ambos tenemos necesidad de trabajar para adquirir la hu«mildad, de ejercitarnos en la paciencia, de sufrir á nuestros pró«jimos como quisiéramos que estos nos sufriesen, y de acostum«brarnos á vivir bien.» Pocas veces sucedia que un hombre á quien él hubiese manifestado su corazon, se apartase de él sin estimarle y amarle mas que antes. Todos le miraban, no tanto como á juez que castiga las transgresiones de la ley, sino como á un padre que las perdona y que enseña á abstenerse de ellas en lo sucesivo. Todos al tiempo de salir de su compañía conocian con el Sabio[1] que las heridas de un amigo sincero son mejores que los engañosos abrazos de un enemigo encubierto; y no obstante la afabilidad con que templaba el remedio, nunca llegaba á alterarle ni á hacerle inútil, sino que dejaba en él toda su fuerza. Esto se ve en la carta que escribió á un jóven regente de cierto seminario. «Creo, le dice, todo lo que referis aun mas que si lo viera: mu«chas pruebas tengo de vuestro esmero en procurar el bien del «seminario, y así no lo puedo dudar... No obstante, os encargo «que reflexioneis atentamente acerca de todos vuestros procedi«mientos, y que ayudado de la gracia de Dios, corrijais lo que os «parezca que debe enmendarse; porque ademas de la ofensa que «puede haber contra su Divina Magestad, aun cuando procedais «con buena intencion, resultan todavía otros inconvenientes. El «primero es, que los sujetos que salen disgustados del semi«nario, pueden tambien disgustarse de la virtud, caer en el vicio, «acaso perderse por haber salido antes de tiempo de esta santa es«cuela, y por no haber sido tratados en ella con agrado. El se«gundo, que desacreditan el seminario, y son causa de que otros «no entren en él, pues á no ser por esto entrarian y recibirian allí «las instrucciones y las gracias convenientes á su vocacion. El «tercero, que el mal predicamento de una casa particular recae «sobre toda esta pequeña compañía, la cual, perdiendo mucha par«te de su buen olor, recibe un notable perjuicio en órden á los «progresos de sus funciones, y ve minorarse el bien que Dios se «complacia en hacer por medio de ella. Si me decis que no habeis «advertido en vuestros procedimientos aquella dureza ni aque«lla aspereza que pueda apartar de vos á vuestros discípulos, es «señal de que teneis muy poca humildad, porque si tuviérais to«da la que nuestro Señor pide en un sacerdote de la Mision, os «tendríais por el mas imperfecto de todos, y atribuiriais á alguna

[1] Prov. cap. 27 v. 6.